de la perfecta unión de amor con Dios. Me distraen más que mis ocupaciones mis sueños de curiosidad, de amor propio, de presunción, de complacer mis apetitos y gustos. Si logro terminar con todos estos objetos de distracción, puesta la atención de mi nada en Dios, quedaré sumergido en la inmensidad y hermosura del Señor, mirándole, agradeciéndole, esperándolo todo de su bondad, amándole. Alma mía, acompaña a tu Dios sola, vacía de ti misma, libre de todas las criaturas. Estando con Dios sólo, estarás con todo el cielo y el cielo estará en ti. Quien te impide gozar de Dios eres tú misma, tu amor propio, tu presunción, tus caprichos. El contrario del amor de Dios es el amor propio. El amor de Dios tiene efectos divinos, forma los bienaventurados; para premio del divino amor crió Dios el cielo. El amor propio desgarra con inmensa desgracia el corazón, siembra discordias, recoge desazones, impide el trato con Dios y aleja cada vez más del Criador. En el claustro debe respirarse el amor de Dios como en el cielo y como los ángeles. Bien digno de lástima es el que profana los claustros con un corazón lleno de amor propio. El amor de Dios hace los humildes y mansos; el amor propio forma los soberbios y rebeldes.

226. *Penitencia interior, pero de subidísimo valor y mérito, es la mortificación del carácter.* La mortificación del temperamento o carácter desordenado quita lo que cada uno tiene de defectuoso, mal inclinado y caprichoso. La mala inclinación y torcida voluntad, la soberbia de espíritu y la impaciencia y genio imperioso e indómito no son flores del jardín

de Dios y son incompatibles con la perfección. Es lo primero que la mortificación tiene que purificar y hacer desaparecer.

Para dominar los ímpetus violentos y lo torcido del carácter he de sobreponerme y adquirir dominio sobre mí mismo. Mi natural desea tener dominio sobre los demás y saberlos llevar a que hagan mi voluntad, y aún no he adquirido el dominio sobre mí mismo en mis impresiones y gustos. El dominio del carácter es la práctica de lo que me dijo Jesús: *Si quieres seguirme, niégate a ti mismo.*

Alma mía, está siempre vigilante sobre ti misma para no dejarte desbordar de los ímpetus o violencias del corazón, para que nunca te coja desprevenida una impresión desapacible y te arrastre el mal genio o te venza la debilidad y pereza. El amor propio conduce a todas las violencias; el dominio de sí mismo por vencimiento del mal carácter, lo embalsama todo con la suavísima caridad y apacible dulzura.

El que se vence y se sobrepone a sí mismo es levantado por el Señor a la atmósfera de la santidad y a vivir perfectamente la vida interior y espiritual.

Esa alma ha aprendido a ver a Dios en todos sus hermanos y en cuantos la rodean; en todo encuentra siempre a Dios.

La santidad suaviza el alma y pone delicadeza en todos sus actos, porque el amor enseña a sobrenaturalizar todas las acciones.

Esto me impuse yo como obligación al abrazar el estado religioso; sobrenaturalizarlo todo, santificarlo todo, haciendo la voluntad de Dios en todo y del modo que El quiere. No puedo ser como los ár-

boles sin cultivo ni poda que enredan todas sus ramas y no dan fruto, o el poco que dan es tan pobre e insípido que no está presentable. ¿Me conozco a mí mismo? ¿Me estudio para conocerme? Por poco amor de Dios que tenga, el estudio de mí mismo tal como soy, con mis defectos y mi negligencia, sin atenuarlos ni disculparlos, me animaría para procurar el vencimiento de mí mismo y formar bien mi carácter, me enseñaría a sobrenaturalizar mis pensamientos, mis intenciones y mis acciones.

Cuando dentro hay calor de Dios y vida de espíritu, se manifiesta en todas las obras exteriores; cuando en las obras exteriores no se ve, es señal manifiesta que tampoco le hay dentro, y si no tengo este calor y vida, estoy frío y quiera Dios no esté ya muerto a los deseos de santidad, de perfección, de virtudes y amor de Dios. He traicionado mi estado religioso y el llamamiento de Dios. Si tuviera dentro este calor, sabría obedecer siempre con igualdad sobrenaturalizando la obediencia; sabría mandar con caridad y prudencia; sabría ser recogido y delicadamente fiel en mis obras y en mi observancia; sabría ser verdadero apóstol, porque obedecería a Dios, porque en todo vería que ese era el querer de Dios, en todo mandaría con sumo respeto a Dios. El calor de dentro enseña a ver y encontrar a Dios en todo, y nada hay pequeño o inútil.

La vida del claustro se convierte con esa vida en un cielo y el corazón del religioso recoge los ecos y armonías dulcísimas del mismo cielo, y al mismo tiempo que las va gustando y gozando va dejando por donde pasa fragancia y suavidad de ángel. Bien

concretó Santa Teresa «que estas casas son un verdadero paraíso, si le puede haber en la tierra».

Al alma de vida interior y de calor de amor, como vive en constante compañía y directa comunicación de amor con Dios mismo, nada le es tan agradable ni tan gozoso como el retiro de su convento. ¡Oh celda, oh claustro, oh coro santo! Me sois dulzura y gozo. Es cierto que sois cruz, peso y cárcel insoportable para los religiosos que no viven su espíritu, ni tienen vida y trato con Dios; piensan en el mundo y se les hacen terriblemente pesados los ojos infinitos de Dios. Pero sois cielo verdadero, no sólo antesala, para los religiosos que liban el néctar divino en la misma fuente de aguas de vida eterna; que gozan las armonías mismas de cielo comunicadas con la presencia divina en sus hablas calladas; que se recrean viéndose acompañados de los ángeles y bienaventurados y con ellos entonan los cantos de gozo y alabanza al Señor; que no apartan sus ojos de la luz que brota de los de Dios y aspiran vida eterna por todo su ser. ¿Qué extraño me puede parecer que Santo Tomás de Aquino pasease solo por sus claustros, mirando arriba y lleno de los profundos pensamientos de la verdad eterna, que San Juan Damasceno le cantase en su celda solitaria, que San Arsenio le gustase aun sensiblemente en su desierto, que Santa Teresa gozase viendo junto a sí la Santísima Trinidad, que San Juan de la Cruz fuese siempre como fuera de sí con tal compañía?

El mal humor, el descontento y crítica, la impaciencia y negligencia son la manifestación y el fruto de la falta de espíritu y de la muerte de la vida interior. Esta alma se ve sola sin mirar a Dios y tie-

ne miedo y aburrimiento de su misma vida inútil y fracasada. Si vivo a Dios y estoy en su mirada y en su dulcísima compañía, me envolverá la mansedumbre y me guiará la caridad, y la suavidad, alegría y recogimiento serán mis dulcísimos compañeros y mi delicia recogerme con mi Dios y hacerme un cielo en El.

¡Qué dulce y amable fue Jesús y qué sufrido con todos! El me dijo: *Sé manso y humilde como yo;* ama a todos como yo; sacrifícate por todos como yo.

227. *La mortificación del menosprecio del mundo* es la mayor delicia del religioso fervoroso y del enamorado de Dios, y es una señal de la fidelidad a la vocación y llamamiento divino. Los platillos de la balanza del religioso son Dios y el mundo, pero no pueden estar nivelados; cuando sube el uno necesariamente baja el otro. Leo en muchísimas vidas de los santos que se hicieron religiosos: *Vio lo engañoso del mundo y lo infinito de la bondad de Dios y no dudó en abrazarse con lo infinito de la riqueza de Dios y menospreciar lo engañoso del mundo, y dejando el mundo profesó en la religión o se fue a vivir en la soledad del convento o del desierto.*

Este es el dilema de la santidad y de la malicia: *Dios o mundo*; y éstos son los límites de los ideales de los dos extremos: *Fervorosos o mundanos.* Yo lo he dejado todo y he dicho que lo renunciaba todo para ser perfectamente de Dios en la religión: todo de Dios, sólo del querer divino. Dejé los bienes que tenía y renuncié al derecho de poderlos tener; más aún: debí renunciar al ansia de poderlos poseer. Me aparté de mis amadísimos padres y hermanos y,

dejando la casa paterna y la atmósfera de mundo, me encerré con Dios para vivir en la casa de Dios, en la atmósfera de Dios y en Dios mismo, teniendo por hermanos a todos los religiosos en lo visible, tratando con ellos de Dios y de las cosas espirituales, y teniendo en lo invisible como hermanos también a los ángeles del cielo, que me mostrarán luz y amor de Dios, en quien viven. Me retiré de las alegrías y pasatiempos de la sociedad y de las amistades para recogerme con Dios, vivir en su presencia en oración y en vida interior; para vivir siempre, siempre, aquí y en el cielo, con los ojos puestos en mi Criador, ofreciéndole todo mi amor y pidiéndole el suyo. Dejé la tierra para venir a esta antesala del cielo, esperando el momento de pasar a la gloria y ver ya sin velos al que aquí veo por la fe y el amor.

Después de tanto tiempo transcurrido. Dios mío, ¿cómo es mi vida ahora? ¿Hay en mí algún lazo que me ate a los hombres, que me subyugue a alguna simpatía de distinto sexo, que me atraiga a curiosidades y pasatiempos? ¿Procuro pasar el tiempo en vanas charlas, chistes y risas o en quiméricos cuentos de ligerezas o mundanidades? ¿Me complazco en la crítica de los sujetos porque no son de mi gusto o según mis ideales? Entonces no estoy en la soledad, no he salido del mundo y de lo mundano, no vivo en Dios.

¿Qué me atrae más y de qué gusto más, empleando en ello el tiempo o deseándolo emplear, el ligero pasatiempo de tertulia y conversación, la curiosidad de ver y estar enterado de todo cuanto pasa fuera de la Orden o dentro de la Orden? ¿Procuro inda-

gar y saber los cuentos sociales, los familiares e individuales o la vida de recogimiento, de apostolado, de oración y sacrificio? ¿Empleo el tiempo de mis horas libres en pequeñeces y pasatiempos vanos o en el dedicado a Dios, al bien de las almas y al modo de adquirir la santidad? La respuesta a estas preguntas me dirá si cumplí la palabra que di a Dios de dejar el mundo y lo que disipa y ser todo suyo viviendo los medios espirituales o, por el contrario, he sido infiel a su llamada y a mi promesa y estoy más metido en el mundo en la realidad o en el deseo que lo estaba antes de hacerme religioso, porque entonces ni aun conocía este mundo externo con quien ahora puedo tratar.

228. Es una verdad completamente cierta que no puede haber comparación entre el mundo mundano y Dios; el mundo es lo engañoso y lo componen los ruines engañadores, y Dios es toda la infinita hermosura y toda la purísima verdad y amabilísima bondad; el mundo trae a la larga la desdicha, y Dios es la felicidad infinita y la gloria misma en Sí y para comunicar gloria. Sin embargo, muchas veces he dejado esta vida eterna, esta vida de cielo, me he alejado y escondido de Dios y he perdido el tiempo en ligerezas, parlerías y disipaciones, y, haciéndome a la satisfacción de mis gustillos y a las curiosidades de los hombres, me he cerrado a mí mismo la puerta para no entrar a ser alma de oración ni aun poder hacer oración, ni tratar amigablemente con Dios. ¡Qué confusión y qué contrasentido, Señor y Dios mío, que se haya debido decir de mí algún tiempo: se ha hecho a sí mismo incapaz

para poder ser alma de oración! Porque equivale a decir: ha vivido todo lo contrario de lo que había prometido; ha traicionado su hábito y su profesión; ha sido diablo destructor de su Orden y de sus hermanos religiosos; abrazó una Orden de oración y de santidad y ha llevado vida disipada y relajada y, en cuanto está de su parte, ha desvirtuado el espíritu de su Orden y deshecho la obra santa de sus Santos Fundadores, de quienes decía gloriarse en llamarse hijo. ¡No lo permitas más, Dios mío, en mí! Te lo suplico por la sacratísima pasión y muerte de mi Señor Jesucristo, vuestro Unigénito. No permitas que yo sea un religioso tibio, sin verdadera oración, sin sin virtudes, sin presencia vuestra, sin recogimiento, modestia ni mortificación.

Solía repetir mi Santo Padre que un religioso en la calle es peor que el diablo; porque el religioso fuera de su centro desedifica más y escandaliza más. Ese religioso no necesita de demonio que le tiente para ser disipado y mal religioso. El es demonio de sí mismo y a veces de los demás.

229. ¡Cuántas veces he presumido y me he vanagloriado de tener conocimientos y tratos amistosos con personas nombradas y famosas, o por lo menos los he procurado y aparentado!

Una mayoría muy grande de los religiosos pertenecemos, como los apóstoles del Señor, a la clase trabajadora y más bien pobre de los pueblos agricultores; pocos son los religiosos ricos y de grandes ciudades, así como las religiosas son muchas de grandes ciudades e hijas de ricos y criadas en todo regalo y comodidad, y que han visitado muchas ciu-

dades. Y las religiosas se encierran de verdad en clausura rigurosa, ni tratan con nadie fuera de su propia familia. Estas sí que dejaron el mundo de verdad y por eso Dios las colma de tanto amor; porque Dios da en proporción a lo que por El se dejó y a la verdad con que se dejó y se entrega a El. Pero yo, religioso de familia que defendía su mediano pasar con un trabajo rudo, de un pequeño poblado, en la rusticidad del campo, sintiendo todas las inclemencias del tiempo, que me mejoré materialmente al entrar religioso, y que ahora desee y ansíe y diga que tengo tantos conocimientos y con hombres de fama y sabios, ¿no doy a entender que abracé la religión para librarme del trabajo y de la escasez y rusticidad y que en lugar de dejar el mundo vine a meterme en el mundo y a atollarme en un mundo que nunca hubiera ni siquiera conocido si no hubiera venido a la religión? ¿Cómo me va a ser posible ni aun poder pensar en Dios, ni tener amorosa presencia suya? ¿Cómo no va a hacérseme pesada la oración y enojoso el silencio y el retiro si estoy de hecho con el afecto metido y pensando en el mundo? ¿Si busco y pienso cómo conocer y tratar personas de relieve? Si así vivo, no he dejado el mundo, sino que me he metido en el mundo; y no soy religioso, sino que me he vestido de religioso para engañar a las personas; pero Dios, que mira las almas, ¿cómo ve en este instante la mía?

230. Ni es raro que haya grandes y escandalosas caídas entre los religiosos. Las caídas provienen de que se lleva metido el mundo en el alma y se recuerda y atiende al mundo, que no puede disfru-

tar, y explota por necesidad el alma, siendo terribles e incontables los daños que causa en sí misma y en los demás. Ni hay caída ni hay escándalo que no vaya precedido de infidelidad a los actos de oración y a la vida de observancia y no haya empezado por visitas de personas y cumplidos de casas particulares; se quebranta primero la regla en lo que manda de rigor y de ayunos, de cuanto fomenta la vida interior y dando libertad a la curiosidad y disipación, y regalando el gusto del paladar y del capricho, y recreándose en el solaz con las personas, viene irremisiblemente la defección, la traición a Dios y la apostasía más o menos ruidosa y escandalosa, pero siempre mortal para quien la hace. San Pablo dijo que los glotones no entrarían en el reino de los cielos, y es vicio que despeña en otros peores. Si soy religioso debo predicar, más que en los púlpitos, con mi vida pobre, modesta y recogida, y gloriarme más de callado que de hablador.

El mundo es lo contrario de la vida religiosa. Si frecuento el mundo en visitas, en curiosidades, en viajes inútiles o en disipación, no soy religioso, aun cuando lleve un hábito muy bien cortado, y, con toda seguridad de no equivocarse, se puede decir que ni tengo oración, ni procuro tener vida espiritual, ni apenas tengo trato con Dios. ¿Es esto estar consagrado a Dios? ¿Para esto me llamasteis, Dios mío? ¿Para esto propago yo que soy religioso, que vivo en un convento, que soy hijo de mis Santos Fundadores? Al verme y oírme volverán ellos la cabeza y dirán extrañados: ¿Tú hijo mío, cuando estás deshaciendo la obra que yo con tanto trabajo realicé y practicas lo contrario de lo que yo enseñé?

231. El verdadero religioso continúa despreciando el mundo; no se busca ni se tiene contacto con lo que se desprecia, antes se aparta y huye de ello.

El verdadero religioso no llena sus sentidos e imaginación de cosas y polvo del mundo, antes se vacía y limpia de ellas, para poderlos tener llenos de Dios.

El verdadero religioso continúa viendo que no hay comparación entre el mundo y Dios, entre lo mundano y lo divino; que el mundo es el engaño y la nada y Dios es el todo, y la verdad, y la riqueza, y la felicidad y dicha eterna.

El verdadero religioso siempre está en ejercicio de amor con Dios y en Dios encuentra más de lo que desea y la felicidad y gozo, gustando de estar gozoso en el gozo de Dios; siempre predica en el claustro a sus hermanos y a los de fuera con su santa vida, con su modestia, con su recogimiento, con su silencio y con su hablar de Dios.

> Porque en la casa de Teresa
> esta ciencia se profesa.

Y esto es precisamente lo que el mundo necesita de mí: que yo le lleve a Dios. Los bienes, las diversiones, los regalos, los atentos y aduladores cumplidos, ya los tiene el mundo. Lo que le falta es Dios y lo divino y las virtudes y la oración y vida espiritual y he de llevárselo yo con mi vida santa, con mi palabra de Dios y con mi mortificación y modestia.

Cuantas almas reciben la impresión muy contraria a la que esperaban, como de sí misma me con-

taba una persona: Fue a un convento para hablar algo de materia espiritual y de Dios, pues tenía el concepto que tienen muchas almas piadosas de que cuantos viven en los conventos son como ángeles y tienen conversaciones de ángeles. Al llegar y hablar a las religiosas, como eran los tiempos de los alimentos restringidos y de escasez, lo primero que la preguntaron fue cómo estaba el precio de los alimentos, dónde se podrían adquirir, con qué personas se podrían agenciar; la hablaron de todo lo relacionado con la manutención del cuerpo, sin hablar ni una sola palabra de Dios ni tocar para nada el tema espiritual bajo ningún aspecto. Esta persona, buena y piadosa, volvió muy desilusionada de la espiritualidad del convento y aun desconfiada del espíritu de las personas que viven en los conventos, considerándolas tan materializadas y avariciosas como las familias del mundo, preguntándose a sí misma: ¿Y para esto se han hecho religiosas? ¿Para esto dicen que están consagradas a Dios, cuando tienen tanta curiosidad como los demás en saber los acontecimientos y las noticias del mundo? ¿Para esto pensaba yo consagrarme a Dios?

232. *La mortificación del recogimiento* es como la característica de toda alma sinceramente piadosa, que aspira a la perfección, y mucho más del religioso y consagrado a Dios.

La vida espiritual es vida sobrenatural interior, es mirada amorosa al interior donde Dios mora en amor y me quiere hablar, y se me quiere hacer sentir y comunicar en el momento en que yo esté lo suficientemente preparado y limpio. En el teléfono

no puedo yo percibir la voz del que me habla en el otro extremo si mi receptor no está bien acondicionado y dispuesto. La vida espiritual es atención al interior y estarse amando al Amado, como me dice mi Santo Padre. Esto mismo es el recogimiento; estarse solo con Dios amándole, ofreciéndosele, en comunicación con El; es dejarse llenar de Dios muy a solas con El. Dios está en medio de las virtudes. El alma del justo es un jardín.

Un día dijo Jesús a Santa Teresa que quería llenar El sus conventos: a una puerta estaría la Virgen, su Madre, y a otra San José, y El regalándose en el corazón de los que allí vivían. Jesús quiere llenar mis potencias de Sí mismo y de su vida; quiere que el jardín de mi alma esté floridísimo.

Para el ejercicio de la oración como para recibir la palabra y comunicación de Dios es necesario que las potencias estén vacías, quietas y limpias de las noticias y curiosidades y además silenciosas e iluminadas, porque Dios habla al alma en el silencio y en la soledad, y porque la blancura es efecto de la presencia de la divina luz. Este es el fin de los conventos de mi Orden: esto me mandan vivir mis leyes y me lo exige la vida espiritual.

Vivir en el claustro que vivo no es vivir en un pasillo del convento como viviría en una casa amplia o en un palacio, recibiendo y comunicando noticias, impresiones o curiosidades; no es vivir en una biblioteca aprendiendo o en una oficina trabajando; vivir en el claustro es vivir cerrado con Dios, atento a Dios, al servicio de Dios, escuchando a Dios y clamando a El; es estar constantemente desarro-

llando por el ejercicio el amor de Dios; ya dice una sentencia que:

> no vive en el convento
> quien está fuera con el pensamiento

Este recogimiento se lo inculco yo a las almas en el confesonario, y que se esfuercen por traer continua presencia de Dios y le pidan con humildad se la conceda; porque es Dios quien tiene que darla, pero la da después del propio esfuerzo. Si la aconsejo a los demás, ¿no la necesitaré y procuraré yo?

233. Mi Santa Madre me dijo que tratara poco con seglares, y esto para bien de sus almas, y que predicara más con obras que con palabras. Siempre es el recogimiento y el retiro interior lo que me manda el Señor y lo que yo profesé, llegando mi Santo Padre a repetirme la frase de San Pío II que *un fraile en la calle es peor que el demonio*: un fraile que sólo va curioseando o vagueando sin llevar una misión determinada o el cumplimiento de una obediencia. Porque mi puesto es el de vigilar ante Dios y el de suplicar; expiar y amar por todos a Dios.

Los libros espirituales me dan las reglas de mis salidas del convento; no han de ser para curiosidades, no para pasatiempos ni visitas de vano cumplido o vana cortesía; han de ser por necesidad, por caridad y por obediencia. Fuera de esto me quiere Dios en el convento con El, ejercitando mi obra de amar, de expiar, de alabanza y agradecimiento, de pedir misericordia a Dios, con quien estoy, por todos los hombres, muy especialmente por los míos

en religión y en la sangre, por los apóstoles, por los bienhechores, por los pecadores, por los de mi nación, por la Iglesia, por todos los estados y naciones y por todo el mundo. Este es oficio de ángel y de santo, pero ángel y santo debo yo ser. El ángel está siempre en el cielo, en Dios, amándole, alabándole, intercediendo. Cuando el Señor le encarga alguna misión, la cumple sin salir de Dios y en el momento de terminarla vuelve al total gozo y alabanza de Dios, y mientras la hace no deja de estar en Dios ni de amarle.

Y el Santo siempre está amando, alabando a Dios y ofreciéndose al Señor en súplica y en expiación por los hombres todos, sus hermanos. Vive en el amor y por eso en la alabanza y súplica continua. Esta es mi grande misión.

Cuando explico a los demás el fin de mi Orden, les hablo de esto. Por lo mismo sé muy bien que debo vivirlo, y en vivirlo perfectamente está mi santidad y mostraré que de verdad amo a Dios, pues hago lo que El de mí quiere y como El lo quiere. Amar es agradar a Dios haciendo su querer. Dios mío, ¿lo hago así? ¿Vivo y procuro vivir en este amoroso y abnegado recogimiento, en esta soledad tan maravillosamente descrita y alabada por los Santos Padres? ¿Me es dulce o me es pesado vivir con perfección la vida y el espíritu del claustro? ¿Busco ausentarme de él por temporadas para vivir de otro modo, con más libertad y anchura?

No es raro que lleguen a mi conocimiento caídas graves y aun escandalosas, con detrimento grande de las almas buenas. Ni me he de extrañar de ello; esto me moverá a pedir al Señor tenga miseri-

cordia de mí y me dé la perseverancia en su amor y servicio y la perseverancia final, y también pedir misericordia para quien da el escándalo. Sin la especial ayuda del Señor hubiera yo superado a todos en malicia y malas obras. Bendito seais, Dios mío, porque me habéis asistido. Pero esas caídas de religiosos que hacen temblar los claustros nunca vienen de repente. La disipación del corazón, la falta de presencia de Dios y de rectitud de intención, el abandono de la oración, la deficiencia en la observancia y en asistir fervoroso a los actos de comunidad, el procurar el regalo y satisfacción del gusto, el dejar vagar la fantasía, los deseos locos y el anhelo por ver, llevan hasta hacer caer en el precipicio de la apostasía, apartándose mala y hasta escandalosamente de Dios y de su Orden. Esa vida, muy lejos de predicar virtud y la verdad de Dios, como a veces doy por disculpa para sustraerme del retiro, sirve de desedificación y escandaliza; lejos de ser el buen olor de Jesucristo, es el mal ejemplo que aparta a las almas de la virtud y las induce en el error y en el pecado.

234. Mis eternos y perfectos modelos son Jesucristo y la Virgen Santísima; lo son también mis Santos Padres. Jesucristo vino al mundo para enseñarnos y para redimirnos a todos los hombres. Sería terrible calumnia y refinada maldad decir no lo hizo y no cumplió la voluntad de su Eterno Padre en los treinta años que vivió en Nazareth su vida recogida y oculta en compañía de sus padres y trabajando en el humilde y rudo oficio de carpintero o artesano.

Jesucristo vino a enseñarnos; era la Sabiduría del Padre; venía a ser mi modelo, y de treinta y tres años que solamente vivió, treinta se inmoló en silencio, en recogimiento, en trabajo retirado. En el silencio, en la oración y en la penitencia del trabajo fuerte y vulgar estaba haciendo perfectísimamente su obra de redención; allí, sin que los hombres lo supieran, se ofrecía y expiaba, oraba y se inmolaba por todos y me daba el ejemplo más perfecto y abnegado a mí y a todos los que habían de ser sus ministros en el apostolado y a los religiosos que se le consagrarían. El recogimiento de Jesús fue infinitamente fructífero y provechoso.

También lo fue el de la Virgen, mi Madre Santísima. Dios la había dotado de cualidades excepcionales y de un atractivo y simpatía irresistibles como a ninguna otra persona. No los empleó para hacer amigos, para captarse simpatías y tener mayor influencia sobre los demás; no los empleó en adquirir conocimientos sociales y ganarse adeptos y bienes abundantes y gozar de recreos; antes bien se inmoló totalmente en silencio, en oración, en recogimiento con Dios, gozando de altísima soledad en el templo y en la familia. ¿A quién acudiré yo para tener ejemplo que disculpe mi falta de vida interior y de oración?

Mis Santos Padres Teresa de Jesús y Juan de la Cruz no se cansan de recomendarme, con la palabra y con el ejemplo, que guarde silencio y trate poco con seglares, y eso cuando sea para bien de sus almas, que lo será también de la mía. Jamás quieren que trate para obtener limosnas o dineros, porque sería desconfiar de la Providencia especialísima

que Dios me ha prometido en sostener estas casas, pues el convento no es casa mía, sino de Dios; quiere el Señor que sea pobre el convento y yo, como la casa de Nazareth, pero no dejará de proporcionar lo necesario mientras yo no deje de ser buen religioso. Y quiere que sea casa silenciosa de oración y de sacrificio. Dios habitará en ella en amor.

No es posible ser alma de oración si no se guarda el recogimiento. Mi Santo Padre gozó de altísima oración porque guardó excepcional recogimiento. El mismo me lo dijo en la respuesta que dio a la religiosa que le preguntó cómo vivía: «*Yo vivo en la Santísima Trinidad.*» Ahí estaba escondido e iluminado con toda la luz del cielo sin que nadie pudiera estorbárselo. Por eso, en su trato, era la paz, la suavidad y la delicadeza para con todos los hombres.

235. *La mortificación en la delicadeza en el trato con los demás* supone la continua vigilancia sobre sí mismo, para sobreponerse continuamente a los movimientos producidos por las impresiones que se reciben. La delicadeza procede de mirar a Dios en los demás y por lo mismo con delicado respeto. ¿Trato yo a cada uno como si tratase a Jesús, como si conversara con la Virgen? ¿Me mortifico en mis gustos, dejando preferentemente lo mejor para mis hermanos o prójimos, como si lo dejara para Jesús o la Virgen? Este es el maravilloso modo de sobrenaturalizar hasta las obras más ordinarias, y en todo encontraría a Dios, para después encontrarle más descubierto y claro en la oración.

La Carmelita Descalza se distingue por su inocente alegría y su delicadeza natural, sencilla y respe-

tuosa. ¿Es también este distintivo propio del Carmelita Descalzo? Ciertamente debo serlo yo, pues profeso la misma regla, leo los mismos libros, se me inculca la misma doctrina y aun yo mismo inculco esta doctrina a las Carmelitas.

Si yo vivo en amor de Dios, todas mis obras serán actos de amor ofrecidos a Dios, y actos de amor de suavísima caridad ofrecidos a mis hermanos, de más delicada caridad y más continua para los que continuamente trato porque conviven conmigo. Mis obras serán suavemente delicadas y naturales si van ungidas con el bálsamo del Espíritu Santo; sin él permanecerán en su natural aspereza. Jesús y María practicaron la mayor delicadeza entre sí porque se amaban con el más alto y más íntimo amor, pero al mismo tiempo el más respetuoso y sencillo. María hablaba y trataba a Jesús, verdadero Dios. ¿No le trataré yo en mis hermanos?

La rosa cuando se abre difunde natural y espontáneamente la fragancia que encierra dentro. Cuando se abre por la comunicación y trato un alma que lleva dentro a Dios, y ve en todo a Dios, difunde con la naturalidad y espontaneidad de la rosa el perfume suave y delicado del amor de Dios en la caridad, en el ejemplo, en las palabras, en el respeto delicado, en la aceptación y estima del sacrificio. Las almas han sido criadas a imagen de Dios y Dios está en las almas, y además está presente a mí y a mis acciones. Es la sobrenaturalización de las obras, aun las más sencillas, ordinarias y frecuentes.

Estas mortificaciones del dominio de sí mismo en todo, levantan las almas y las iluminan; porque las mortificaciones mismas son el amor de Dios.

Iluminan al alma con clarísimo conocimiento de lo que es Dios, de lo que soy yo y de lo que son las demás almas y el mundo. Dios es el infinito en toda perfección, el sumo bien, que acumula todos los bienes, la infinita hermosura; y quiere serlo para mí, para que yo le posea y goce, si yo también quiero.

Yo soy el criado por Dios de la nada y criado para amar y gozar eternamente de esa infinita hermosura y sumo bien de Dios; para estar amando y recibiendo la luz de Dios en esta vida y estar gozándole y poseyendo la sabiduría y el gozo divinos en toda la eternidad, hecho una misma cosa con Dios sin perder la personalidad y el ser individual. De aquí que la oración es como principio de vivir la eternidad, pues es estar con Dios en ejercicio de mutuo amor y con Dios presente, aunque sin verle ni gozarle aún gloriosamente.

Las almas han sido criadas por Dios, como la mía, a su imagen, y para que viviendo la gracia y muriendo en la gracia le posean en felicidad en el cielo.

¿Y qué es lo que llamamos mundo? No es esta maravilla del mundo físico, sino la sociedad y reunión formada por los hombres mundanos, sin espíritu de amor de Dios; los que buscan sus egoísmos y no aspiran nada más que a dar gusto a sus sentidos, a su avaricia, a su fama en diversiones y dilapidaciones, viviendo olvidados de Dios, conculcando sus mandamientos, entregados a lo material y olvidados de la eternidad. El mundo es el engaño y la máscara que conduce al eterno apartamiento de Dios y lejos del fin último. El mundo es aparentar

y ser engañado con ficción. ¿Y voy a amar yo ese mundo y ser su esclavo?

Dios mío, quiero ser hijo vuestro y gozar de la santa libertad de vuestros hijos y tener la santa vida que ellos viven. Quiero ser como ellos suave, bondadoso y amable. Quiero vivir la caridad para con todos en respeto y delicadeza. Un Santo me aconsejaba lo que Vos me mandasteis diciéndome: *que menospreciara el mundo, que no menospreciara a nadie, que me menospreciara a mí mismo y que menospreciara el ser menospreciado*, que es cumplir vuestro mandato de que me negara a mí mismo, y entonces vendría el triunfo del amor. Mi Santo Padre, al anuncio de que le concederías lo que pidiera, os pidió *ser menospreciado y padecer*, por eso le hicisteis luz y delicadeza de amor, como él me aconseja que sea y me deje transformar en luz.

236. Mi vida de religioso es de oración y de inmolación, de alabanza a Dios y de redención de mis hermanos, orando y expiando por ellos. Quizá he llegado alguna vez a dudar de poder ser alma de oración. Pero si aún no lo soy es por culpa mía en no determinarme a tener recogimiento exterior ni interior; en no poder vaciar ni limpiar mis potencias e imaginación, porque estoy llenando de curiosidades y de mundo mis sentidos y no les niego el regalo que me piden si puedo concedérselo, y *regalo y oración no se compadecen.*

Vivir en soledad interior es vivir con Dios y en la antesala del cielo; es el efecto producido por la oración fervorosa y la presencia santificadora de Dios. Pero vuelvo a repetir las hermosas y atinadas

palabras de Fray Luis de Granada: «Para santa soledad y recogimiento interior ayuda mucho la exterior, procurando el hombre excusar, cuando le fuere posible, todas las conversaciones, visitaciones, pláticas y cumplimientos de mundo cuando no fueren por Dios, donde se pierde tanto tiempo y donde tantas veces se desmanda la lengua y el ánimo vuelve a casa lleno de tantas imágenes y figuras que cuando quiere recogerse no puede sino con trabajo y dificultad. Así viene a quejarse con el Profeta diciendo: *que no hallaba su corazón cuando le buscaba*. Ni debe hacer mucho caso de algunas quejas humanas que sobre esto puede haber; porque si a esto miramos, toda la vida se nos irá en cumplimientos, y así nunca tendremos tiempo para lo que nos importa.» Y aun de aquí proceden los disgustos y envidias y los testimonios y murmuraciones que se nos hagan, dando lugar nuestra conducta a muy justo castigo, aun en la tierra, de la infidelidad hecha a Dios.

Esta vida vivió mi primer modelo en mi Orden, porque lo despreció todo por seguir sólo a Dios; se pospuso y despreció a sí mismo por mirar sólo la gloria y alabanza de Dios. Porque se despreció y lo pospuso todo por Dios, Dios le llenó de virtudes, de amor y de carismas especialísimos.

No es triste ni desconsolada esta vida de la mortificación dicha, como muchos piensan y dicen; antes encierra una luz y una alegría imponderable y como de cielo. A los que dejan el mundo y las distraciones, pasatiempos y bienes del mundo, da Dios y comunica bienes y pasatiempos de cielo. Hablando de lo que gozaba con Dios en su recogimiento, decía

el Carmelita de Sevilla, Juan de Jesús María: «No hay cosa de mayor deleite que estarse a solas en un rinconcito con Dios. Pero en esto no hago nada, porque sobrepujan los deleites y gustos que allí se sienten a cuantos el mundo, la carne y todas las criaturas de la tierra pueden dar.» San Juan de la Cruz lo resumía admirablemente en estas dos frases: *Después que me he puesto en nada, hallo que nada me falta.* Pone Dios tan delicadas noticias en el alma que le trata ya vacía de todo que *saben a vida eterna y toda deuda pagan.*

237. Grande y muy grande es el mérito y valor de la penitencia corporal y del dolor ofrecido a Dios. Ciego y con dolores y ya con muchos años se encontraba el Carmelita Padre Alonso de Jesús María, y para consolarle y animarle le decían que muy pronto pasarían las dolencias y mejoraría; mas el Padre les respondió: «Es tanta la luz que debo a Dios del bien padecer, que si su Majestad me diera a escoger una de dos cosas: o estar sin trabajos de ningún género o con los mismos trabajos que padezco, y me dijera que la misma gloria me había de dar por lo uno que por lo otro, eligiría de mejor gana el padecer lo que estoy padeciendo, *siendo su voluntad*, que verme libre de trabajos.» Esta apreciación excede al natural conocimiento humano y la da Dios a sus amados.

Pero no siempre ni todos se encuentran con esos ánimos para estimar la penitencia ni el dolor. Grande es su mérito, pero ahora no quiero ni recordarlos.

Mas ¿quién no podrá practicar las mortificacio-

nes que acabo de insinuar? ¿Y quién tendrá suficiente disculpa para no abrazarlas?

Los religiosos sentimos con frecuencia deseos de hacer algo extraordinario por amor de Dios. Y lo más grande y extraordinario y lo más agradable que puedo ofrecer a Dios, está a mi alcance y tengo salud y fuerzas para poder hacerlo; esto es el continuo y perseverante vencimiento de mí mismo; el vaciarme y despegarme de las personas y de las cosas; el pensar en Dios y procurar se hable de Dios. Si vivo esta virtud y mortificación, que cae dentro de mis fuerzas por pobres que sean, el Señor me enseñará a abrazar todas las cruces, ya sean de menosprecios ya de enfermedades, y más las directamente dirigidas por Dios para mí.

Tengo ansias de Dios, deseos vehementes de vida eterna, de ser religioso muy espiritual, muy entregado a Dios, para que Dios sea mi vida y mi gozo; pero no llegaré a esta fuente de la vida y de toda felicidad mientras no me abrace a la cruz y me ofrezca a la inmolación y a la mortificación y no me deje clavar en la cruz. No me dejará Jesús solo en el sufrimiento, y cuando los hombres se aparten de mí y me humillen, entonces precisamente me hará sentir su amorosa presencia y la caricia de viva esperanza de vida eterna.

Santa Teresa de Jesús me dice: Habla a todos de Dios; si hablas de otra cosa no te entenderán y si no gustan de tu conversación se irán y no volverán ni te quitarán el tiempo, que quieres para Dios. Para meterte el mundo en el corazón no hace falta venga nadie a estos paraísos del cielo, porque ya huiste del mundo y no debes querer volver a él.

Se habla de lo que se tiene en el corazón y de lo que se desea. El Señor dijo a la misma Santa Teresa que en adelante su conversación fuera con los ángeles, y los ángeles se alimentan de la visión de Dios y se comunican en la luz y perfecciones de Dios y tienen sus gozos y felicidad en Dios.

Cuando decían a San Francisco de Sales no recibiera ciertas visitas, porque le llevaban mucho tiempo y era perderlo, tanto como él lo necesitaba, el Santo respondió: Yo les hablaré de Dios y algo sacaremos, y si no les gusta no volverán.

238. La vida interior y trato amoroso con Dios es la grandeza y el gozo de la soledad y del recogimiento, como no puede encontrarse en otra virtud. En el recogimiento Dios llena el alma, y el alma sale de allí como Moisés: irradiando rayos de luz de Dios en sus acciones y en sus palabras. Ni acierta a hablar de otra conversación, porque no es posible haya conversación semejante a la conversación del cielo, que es estar en Dios y mirar a Dios. Decía la misma Santa Teresa de Jesús recordando la soledad que había sentido por misericordia de Dios, que después la parecía que los muertos eran estos que viven en la tierra, y los vivos y quienes la acompañaban aquellos que había visto en la luz de Dios.

El alma de recogimiento en Dios y que se ha vencido y sobrepuesto a sí misma es cielo donde Dios mora, y no puede dejar de hablar del cielo que lleva dentro. El Señor quiere hacer cielo de mi convento y de mi alma si yo no se lo impido; si estoy fuera del mundo exterior y del mundo de mi amor propio.

Cuanto mayor sea la soledad y el vacío, se convertirá el recogimiento en mayor y más gozoso cielo, porque Dios llenará más el alma que mejor lo viva sin impedimentos, y el alma en perfecto silencio y vacío siente más a Dios y su gozo y la compañía de los bienaventurados. ¿De qué va a hablar? ¿Qué va a desear sino esconderse cada vez más en Dios y vivir más a Dios? ¡Oh Vida que la dais a todos; sed mi vida! Muera yo a mí mismo y a todos, para que os viva a Vos, y todos me hablen de Vos y yo hable a todos de Vos. ¡Sed mi vida!

¡Oh Dios mío! Ya que me has llamado al convento, hazme religioso de verdad, lléname el corazón de Ti mismo. Estad siempre presente a mi atención y que todas mis acciones externas e internas sean sólo para Vos. ¿Qué es todo el mundo y qué son todos los hombres y todos los ángeles ante Vos? Vos sois mi Dios y mi todo. Quiero ser todo para Vos.

El Santo no se hace Santo soñando la santidad, sino viviéndola en todas las acciones, hasta en las más ordinarias y pequeñas; no se hace Santo viviendo según su amor propio, sino viviendo el amor de Dios y para Dios, vaciándose de sí mismo y llenándose o dejándose llenar de Dios. Este es el heroísmo de la penitencia más alta y santificadora. Pero no puede animarse a vivir este ideal si no sueña y habla de él y no le tiene siempre presente.

239. *Haga cuenta que sólo existen Dios y su alma* y que toda su alma vive sólo para Dios; que Dios está en su alma y su alma en Dios, recibiendo ininterrumpida comunicación de El. Esta es la vida sobrenatural y divina del claustro. Este es el heroís-

mo y la hermosura de la santidad y de la mortificación. Aquí enseña el Señor la sabiduría de la inmolación en suavísimo vencimiento de continua caridad para con sus hermanos y en ofrecimiento de expiación y de súplica para todos los hombres.

Dios me ha señalado esta misión; misión delicadísima, toda de amor y de confianza; mi acción es pedir, pedir, rogar, expiar por todos: por los santos para que sean más santos, por los pecadores paganos o cristianos para que vengan a la gracia y amor de Dios y todos nos salvemos; tengo que pedir misericordia para que se borren y desaparezcan todos los pecados del mundo. Con tanta confianza pone el Señor su misericordia en mis manos en favor de las almas y yo siempre debo estar unido a Jesús.

Enviad, Dios mío, ese fuego de vuestro amor a mi corazón para que queme todo lo que no es vuestro e inflame ci corazón haciéndome brasa y llama de vuestro amor y, de esta manera, quede ya para siempre inmolado, siendo todo vuestro y sólo para Vos. *¿Quién hay semejante a Vos?* Sentiré entonces el gozo de la vida de amor y, atraído y enseñado por Vos, gustaré con delicado gusto de vuestras dulzuras y seréis Vos el deleite mío y mi inmensa alegría. Ayudado de vuestro amor me atrevo a deciros humildemente: *Rompe ya la tela del dulce* encuentro para que mi alma entre en tu luz de eternidad.

El convento, el silencio, el amor del claustro y el recogimiento en Dios me preparan para la vida del cielo y me comunican anticipado sabor de cielo.

DECIMOTERCIA LECTURA - MEDITACION

(Segunda del día sexto)

La observancia regular da gloria a Dios, es medio seguro de santidad individual y de expiación por las almas

240. Quizá con demasiada frecuencia se repite que en el mundo se ha perdido la caridad; que son muy pocas las almas abnegadas que amen generosamente a Dios y a los hombres; que ha desaparecido, o poco menos, la virtud de la tierra. Mas si examino serenamente y a la luz de Dios la vida, encuentro la grata sorpresa de que continúa habiendo santos como en los siglos que me precedieron; de que conmigo mismo viven y tratan muchas almas calladas y recogidas que aman heroica y abnegadamente a Dios y al prójimo por Dios; que viven vida de admirable sacrificio y fervorosísima oración.

Ciertamente escasean las almas perfectas, como siempre han escaseado; porque, como lo experimento en mí mismo, la naturaleza hmana es muy débil

y casi impotente para poder resistir la fuerte inclinación que la arrastra a lo agradable y gustoso de los sentidos. Sólo los Santos han practicado la perfección, porque con sus heroicas virtudes triunfaron de la debilidad y se sobrepusieron a los gustos de sus apetitos y sentidos.

Hoy hay Santos en la Iglesia, como por la gracia de Dios ininterrumpidamente los ha habido. Dios siempre se ha complacido en el abnegado amor de sus Santos y continúa complaciéndose en las innumerables almas que voluntariamente han renunciado a su propio querer y a todas las cosas del mundo para estar consagradas a sólo El y hacer sólo y en todo su divina voluntad. Son muchas las almas que en todos los estados y clases sociales viven su encendido amor con sacrificio y constancia. En todas se complace el Señor.

Dar gusto a los hombres es sumamente difícil. Muy pocos de los Santos que reciben ya nuestra veneración tuvieron la aprobación unánime de sus contemporáneos y casi todos sintieron la adversidad y la persecución, y ni aun los que se retiraron de los hombres para vivir en soledad con Dios se vieron libres de la murmuración y de la asechanza. Pero es muy fácil agradar a Nuestro Padre Celestial, y Dios se complace tiernamente en las almas que luchan por vivir las virtudes, y más en las que dejaron de corazón el mundo exterior e interior y, recogidas en la celda de su propio espíritu, le tienen ofrecidas todas sus aspiraciones y ansias y están consagradas a su amor y servicio. Y es Dios, no los hombres, quien ha de juzgarnos a todos. Sois Vos, Dios mío, el que recogéis los deseos y las ansias de mi

corazón. Tú ves y conoces mi pobreza, pero también ves amoroso los sueños y entusiasmos con que anhelo mostrarte mi amor en obras santas y hacer en todo tu divino querer, venciendo mis gustos y uniendo mi voluntad a la tuya, aun cuando con frecuencia sean mis vuelos demasiados bajos y cortos por debilidad de mis alas.

Ni porque mis obras sean inferiores a mis deseos, ni por las faltas actuales —que aún veo en mí—, quiero desalentarme, sino humillarme confiado y fortalecido en tu misericordia, ponerme en tus manos hasta conseguir mi deseo, que es el tuyo, y la esperada victoria. El conocimiento de mi flaqueza me enseñará a esforzarme, a estar más sobre mí y acudir solícito a Ti, porque el que poco puede no debe desperdiciar fuerza alguna ni la gracia recibida.

Muchas almas, viviendo en el mundo y en el cumplimiento de los deberes que exige la vida, son admirables por el esfuerzo que ponen en no perder tu presencia por el ardiente amor que te tienen. ¿No me sonrojaré yo viéndolas a ellas tan fieles, cuando yo me retiré del mundo para amarte sólo a Ti y ser sólo tuyo y que ahora no te amo ni aun como ellas?

A veces me imagino —sueño de presunción— que por vestir yo un hábito religioso y vivir en un convento amo más que los seglares, y aun juzgo con dureza a muchos de los que viven en el mundo, mirándome a mí como mejor que ellos. ¡Cuánto engaño encierra esta fantasía presumida! Es verdad que debiera ser así, porque soy religioso, porque he prometido vivir recogido y vida espiritual, porque Dios me ha llamado para ser perfecto y vivir sólo para

El. Mi estado sí es de suyo más santo que el de ellos; mi obligación mayor, porque yo no puedo aducir las disculpas que ellos tienen, porque Dios me ha dado y continuamente da más abundantes gracias. Mi estado me obliga a mayor recogimiento, a ser más humilde y mortificado, a posponerme a todos y practicar mejor las virtudes, a vivir con mi atención puesta en Dios. ¡Cuántas almas hay en el mundo más mortificadas, más fervorosas, más recogidas, más virtuosas y espirituales que yo! ¡Cuántas con menos apego, con menos deseos y curiosidades de lo mundano que yo! ¿Estás, alma mía, despegada de tu amor propio, de tu genio y regalo? ¿Has salido del mundo vaciando tu corazón? ¿No me servirá esto de confusión?

241. Las virtudes son las flores visibles y la manifestación de la gracia santificante y del amor de Dios que el alma tiene. La gracia y el amor son la vida y la savia sobrenatural, y ni la savia ni la vida pueden existir sin manifestarse. El alma santa es jardín florido y oloroso de virtudes, y Dios tiene su encanto en estar en éste su vergel hermoso. El alma santa es también joya valiosísima de admiración y alegría de los hombres.

La observancia religiosa, que es la fidelidad interior y exterior en el cumplimiento de las leyes profesadas, es no sólo una preciosísima flor del jardín del alma y una valiosísima joya de su tesoro espiritual, sino el medio necesario para que todo el jardín del alma esté vestido de hermosura, fragancia y riqueza. Sin la observancia religiosa no sólo no se llegará a recoger fruto sazonado de vida interior,

pero ni aun a tener vida viva de virtudes. La guarda fiel de la observancia santifica al alma y glorifica la Orden.

Cuantos nos retiramos del mundo para vivir muy santamente en el convento, debemos tener grabado y bien presente el pensamiento tan eficaz y tan práctico de San Juan de la Cruz: *Mira que no has venido al convento a otra cosa que a ser santo y de ese modo darás de mano a todo lo que no conduzca a la santidad.* Mi fin, al ser llamado por Dios e ingresar en la religión, fue el de ser perfecto; mi obligación es salir del mundo y de lo mundano y dejarlo todo por Dios, para, libre de toda otra preocupación, poner todo mi esfuerzo y cuidado en buscar a Dios, en pensar en Dios, en obrar según Dios, poniendo todo mi amor, todo mi interés y todas mis ansias en amarle con todo el corazón. He venido a la casa de Dios y vivo en la compañía de Dios y bajo su mirada para ser santo, para unir perfectamente mi voluntad a la suya y hacerla con todo mi amor, para unir mi amor al suyo de tal modo que los dos sean un solo amor, para aislarme de todo lo que no es la voluntad y el agrado de Dios y vivir con todo primor y delicadeza del amor más abnegado y fiel las leyes que he abrazado y la vida de observancia, penitencia y recogimiento que me establece mi Orden.

La santidad personal no la da el estado de suyo; es necesario apropiársela viviéndola. Yo vivo en un estado de perfección: soy religioso, soy alma consagrada a Dios, soy sacerdote, debiera por todo ello ser santo viviendo muy santamente. ¡Y, sin embargo, cuántos seglares son más fervorosos, más recogidos, más espirituales que yo! ¡Cuántos más sacri-

ficados, más penitentes y más pobres que yo! Su estado es menos santo, pero sus obras y su persona son más santas. ¡Y, sobre todo, cuántas religiosas, que no salen de sus conventos, me adelantan en la abnegación, en el amor, en el recogimiento y virtudes, son más santas que yo aun cuando sea yo quien las habla a ellas de la santidad y del modo de adquirirla y ellas me escuchan con veneración y quizá con admiración juzgando que ya la vivo yo! ¡Debiera yo ser ya más santo y estar más metido en el pecho de Dios y ser llama en la hoguera de su divino amor y, por lo mismo, olvidado y muerto al mundo! El estado, de suyo, por santo que sea, no santifica, aunque mucho ayuda al que se determina a santificarse. Son las virtudes vividas, es el recogimiento, la abnegación, la vida interior y de caridad y humildad las que muestran el amor de Dios que vive el religioso, la santidad que ha adquirido y la perfección con que vive su estado santo.

242. La santidad de una orden religiosa ha de ir paralela al recogimiento, a la oración y a la penitencia que sus leyes determinan. Sería contra la prudencia y contra la misma razón abrazarse con rigurosas penitencias, que a todos nos repugnan por instinto, para ser menos perfectos. El amor es el guía y modelador de la penitencia y del recogimiento. Cuando una Orden prescribe una legislación penitente y de retiro o apartamiento de todo lo mundano, es porque la llama del amor está más viva y se quiere acrecentar aún más; se aspira a santidad verdadera. El amor es el consejero y la fuerza alentadora, La penitencia, como el dolor, no santifican cuan-

do no les anima el amor. Santifica la inmolación en amor a Dios, y según sea el amor serán las virtudes y la santidad.

Es contra el sentido hmano y contra la aspiración de la naturaleza hablar del dolor por el dolor y del amor al dolor. Hemos sido criados para ser felices en gozo. El dolor es un mal y contra el fin nuestro. El dolor es un medio de santidad en la naturaleza caída mientras vive en la tierra, pero le santifica el amor al ofrecerlo a Dios y convertirlo en expiación y purificación.

Se ha escrito «que enseña la experiencia de todos los siglos que cuanto más austera es una orden religiosa, tanto más arrastra a las almas generosas; cuanto más relajada está, tanto más se alejan esas almas, que anhelan perfección; por esto concluyen o vienen a menos todos los Institutos». Cuando el dolor está informado por el amor de Dios, se sobrenaturaliza y se transforma en la flor de la inmolación, de la redención y expiación. Este es el lenguaje más expresivo del amor.

El día de la toma de nuestro hábito y de nuestra profesión pedí, junto con la misericordia de Dios, *la pobreza de la Orden*, porque en la pobreza está comprendida la aspereza y la penitencia que ha de vivir el religioso a imitación de Jesucristo, que abrazó la pobreza y se ofreció en expiación. Aquel día abracé yo voluntariamente todo el rigor y todo el amor de mi Orden. También me ofrecí a la expiación y al amor. El crucifijo preside todos los actos de la comunidad y del religioso y le llevo sobre el pecho y dentro del pecho, como víctima inmolada y de expiación, porque debo de tal manera vivir e imi-

tar a Jesucristo que me transforme en Sí. El amor es cruz gozosa en la tierra, y la cruz es amor en luz de esperanza hasta que se cambie en amor de gloria en el cielo. Mi cruz será mi amor y mi cielo.

243. Me recojo en la vida religiosa para abrazarme con la cruz y conseguir el amor perfecto y para con ellos santificarme. La cruz me la da ya la Orden. Cada Orden tiene su fin determinado y bien concreto. Todas tienen uno común, el esencial, que es la santificación, la entrega total interior y exteriormente a Dios. Pero dentro de ese fin esencial y común a todas, cada Orden tiene su modalidad especial para alcanzarle. El Carmelita y el Franciscano y el Dominico y el Jesuíta tiene cada uno perfectamente señalada su vida en sus leyes y corroborada con el tiempo y han de vivirla fielmente para ser santos. Pero cada uno de los miembros de todas las religiones estamos obligados a procurar ser santos.

Yo he entrado en mi Orden y he abrazado sus mandamientos y consejos porque quiero que me encaucen, que me moldeen y den la vida santa. El metal, para recibir la belleza en una forma determinada, ha de dejarse fundir y acomodarse a la forma del troquel. Es necesario el troquel para darle la forma y belleza, pero es necesario que antes se deje derretir para que pueda amoldarse perfectamente al troquel y recibir hasta el más delicado detalle. Si no se funde perfectamente, no se amoldará con perfección y saldrá defectuoso. Quizá no sirva para lo que se pretendía. También mi troquel ya está hecho y con maravillosa perfección. Soy yo quien ahora tengo que derretirme y recibir la forma de tan hermoso troquel.

244. Mi troquel, en el que tengo que moldearme para hacerme semejante a Jesucristo, es mi regla, la ley que abracé y profesé; ella me enseña hasta los más pequeños detalles para hacerme primorosamente santo. Ese conjunto de disposiciones y preceptos forma el bellísimo encaje que entremezclan y detallan los mandatos y consejos de Jesús, y constituye lo que llamamos la *observancia regular o disciplina claustral.* Todo está dirigido y santificado por el dedo de Dios, que inspiró a mis Santos Padres y Fundadores hasta los más pequeños detalles. Viviendo esos primores llegaron ellos a la santidad que yo admiro y Dios muy largamente los premió. En todas esas disposiciones y detalles está su espíritu y su aliento. Tantos hermanos míos de hábito como se han santificado viviendo esta misma vida que yo vivo, con todas sus disposiciones y detalles, se santificaron porque la asimilaron en toda su integridad y la vivieron con todo su amor hasta en los más pequeños detalles, pero consideraban que eran detalles dibujados por el divino amor y disposiciones del mismo Dios.

Todas las obras y acciones de la religión prefijadas, todos los detalles y delicadezas de cada uno de los actos prescritos en comunidad han de ir vivificados y suavizados por la caridad y mansedumbre. Sin la caridad serían rasgos duros, ásperos y muertos; carecerían de la belleza y encanto del cielo. Lo primero y más esencial en la vida de observancia es la dulcísima caridad. Ella hace que los conventos sean verdaderas antesalas del cielo. Esta caridad ha de manifestarse en todos los miembros del convento y de la Orden, desde el superior hasta

el inferior, y todos son responsables de la santidad de vida que se vive en la comunidad. Yo soy un miembro y una parte de esa comunidad y debo ser miembro sano y vivo y contribuir a la vida y santidad de todos. La atracción y la alegría santa brotan de la caridad y hacen la delicia de los religiosos. La dureza mata el orden y la caridad y hiere a los hermanos. En el cielo todo es amor de Dios y amor de unos con otros y compenetración y gozo común. El amor de Dios ha de llenar todos los conventos y vestirlos de luz. Unos religiosos han de ser luz y abnegada ayuda para con los demás, y la santidad colectiva resulta de la fidelidad y santidad individual.

No basta salir del mundo exterior para ser religioso santo. Necesito también salir del mundo de mi amor propio interior, para cumplir perfectamente la voluntad de Dios y meterme de lleno en el amor divino y ser llama de ese amor. Porque el amor de Dios es el que ha de fundirme y hacerme según la imagen de Dios. Entonces diré con toda verdad y propiedad que amo a Dios sobre todas las cosas y con todas mis fuerzas. El amor de Dios quemará el amor propio y le transformará en divino amor.

Para que el amor de Dios pueda absorberme y fundirme y hacerme imagen viva y hermosa de Dios, me es imprescindible vivir perfectamente mi regla, mi observancia con todos sus detalles, con toda la abnegación del amor de Dios. Mi regla me traza y enseña toda la perfección y me hace crecer en amor y en mansedumbre. La tierra y el amor de tierra no arden en la hoguera de Dios.

El amor propio impide el desarrollo del amor de Dios y, si es crecido, impide hasta su existencia en

el alma. Para desarraigar el amor propio desordenado y para que crezca el amor de Dios y prepare el alma para la transformación, es imprescindible la penitencia. Nuestro Señor Jesucristo hizo penitencia sin necesitarla y nos dijo que la hiciéramos nosotros si no queríamos perecer. Los más necesitados de hacer penitencia, tienen menos voluntad de hacerla, y se dejan vencer de la pereza y apatía. La penitencia quita los obstáculos que impiden adelantar en el camino de las virtudes; la penitencia vigoriza la voluntad y el alma toda; la penitencia es el graduador que señala la intensidad del fuego de amor de Dios que arde en el alma. Y la observancia de la Orden es la penitencia que santificó a mis Santos Padres y Fundadores, y al mismo tiempo que la vivieron ellos de modo tan encantador y espléndido me la dejaron trazada y detallada para que viviéndola yo con perfección sea tan santo como ellos fueron, y crezcan en mi alma las virtudes como en la suya.

La esencia y el alma de esta vida de observancia tan detallada y concreta es el amor de Dios y la caridad fraterna. Debo darme cuenta de que vivo en Dios y para Dios; de que esta vida me la ha detallado y enseñado el mismo Dios; de que Dios se goza en todos estos actos que él me pide y con los cuales me hará santo. Aquí sí que debo *poner amor y encontraré amor*, cerrando los ojos para no mirar a los demás y tenerlos fijos y atentos a mi Dios.

Con el voto y la virtud de la obediencia habré vencido mi amor propio; porque la obediencia me enseña a unir mi voluntad a la de Dios de modo que la voluntad de Dios sea la mía, y no quiera apartarme de ella en nada. Conozco con toda seguridad

que la voluntad de Dios se me ha manifestado en mis leyes grandes y pequeñas y en el espíritu que anima esas leyes y Dios me ha puesto a mi Superior en lugar suyo. A Dios obedezco cuando obedezco a mi Superior, y estoy cierto de que hago la voluntad de Dios con toda fidelidad cuando cumplo esmeradamente cuanto me dispone mi ley. Dejo el gusto de mi querer hmano y natural, que es mi amor propio, y vivo el amor de Dios, y crecen las virtudes en mi alma al cumplir esmeradamente mi regla y el espíritu de mi Orden, y esto constituye la observancia religiosa que sobrenaturaliza todos los actos del día.

El espíritu de obediencia y de aceptación interior y exterior sobrenaturaliza y santifica todas las acciones de mi vida y me asegura que Dios se agrada en mí porque mi voluntad hace la suya y mi amor es ya el suyo.

245. El alma, la vida y la santidad de mi vida es el amor de Dios, y mi gozo debe ser darme cuenta de que cuanto hago es la voluntad de Dios y lo hago por su amor; por ello he renunciado a todo lo demás y me he alejado de cuanto pudiera robarme algo de mi amor a Dios, y emperezarme en hacer su divino querer. Con este amor en cada una de mis acciones y de mis vencimientos recibo vida de su vida y de su verdad.

La prueba más cierta de que vivo este amor de Dios y participo de la vida de Dios es el haber renunciado a mí mismo, desterrando mi amor propio; el haber negado mi gusto para unir mi voluntad en todas las acciones que realice a la de Dios.

Cuando leo en el Santo Evangelio las palabras que Jesucristo dijo: *Yo siempre hago la voluntad de mi* Padre, reflexiono para mí: ¿Cuándo sabré que yo hago también la voluntad de Dios? Jesucristo la hacía siempre y con plenitud de un amor perfecto e infinito, porque El era Dios y el cuerpo *estaba siempre pronto* para seguir la voluntad del alma, y su alma veía en visión clara la voluntad divina, pues era una misma persona con la divina. Pero aun con toda mi torpeza y ruindad nativas, puedo cumplir la voluntad de Dios con certeza si guardo con fidelidad y delicadeza mi observancia religiosa y decir *hago la voluntad de Dios.*

La observancia religiosa me muestra en cada momento y en cada acción cuál es la voluntad de Dios y lo que quiere de mí en mis obras interiores y exteriores. En mis obras interiores quiere el Señor las haga con rectitud de intención, por El y mirando a El, y, como Jesús, que las haga con todo mi amor, que es hacerlo ante la amorosa mirada de Dios con toda mi inteligencia y con todas mis fuerzas y corazón. Y en mis obras externas también puedo saber, si quiero, que hago la voluntad de Dios. Porque Dios me ha manifestado su voluntad en mis reglas y horarios, en los detalles de mi vida religiosa. Si yo obedezco u observo con toda delicadeza y con todo amor y sumisión estas disposiciones, si yo vivo con fidelidad abnegada mi observancia religiosa, si abrazo la mortificación y el recogimiento que me manda mi Orden, obedezco a Dios que así lo ha dispuesto y hago en cada momento y en cada acción su voluntad.

Para vivir la santidad sin ficción y como Dios

quiere, me es imprescindible hacer penitencia y vivir vida interior y de recogimiento; he de ser mortificado y recogido. La perfección de la penitencia está en aceptar todas las disposiciones de Dios con amor perfecto, en unir mi voluntad a la divina. Sin amor podré abrazar el dolor, podré sufrir, pero no hacer penitencia ni seré mortificado. Lo esencial de la penitencia está en el ofrecimiento o aceptación por amor y en la intensidad de mi amor a Dios y perfecta unión de mi voluntad con la divina; según sean éstos, será mi penitencia.

Uniendo mi voluntad a la de Dios no perderé mi personalidad, sino que la perfeccionaré, la sobrenaturalizaré y formaré en mí el carácter de virtud, y veré que mis obras están llenas de amor de Dios. Un fin muy principal de mi entrada en la vida religiosa fue retirarme del mundo, renunciar a mis gustos y a las comodidades que pudiera tener y, dejando lo mundano, negarme a mí mismo, trabajando por hacer desaparecer mi amor propio. La vida religiosa encierra necesariamente el concepto de renunciarse a sí mismo para entregarse a Dios; es de sacrificio y mortificación para vivir una más perfecta vida interior en Dios.

Jesucristo me dijo, como a todos los que quieran seguirle, que he de hacer penitencia, aunque repugne a mi natural; que he de mortificarme. Y para que el edificio de mi santidad vaya seguro y sólido he de empezar mi mortificación por quitar mi desordenado amor propio, *por negarme a mí mismo* y en lugar del amor propio poner el amor de Dios, o sea ofrecerme de tal manera que Dios tome total

posesión de mí y haga que mi voluntad en todo se una con la suya.

En muchas ocasiones sé qué mortificaciones y penitencias debería escoger para mayor provecho de mi alma, más seguridad mía y mayor agrado del Señor. En otras muchas no sabría, como dudaba de sí mismo el Santo Juan de Avila, a pesar de lo santo que era y la rectitud de intención que solía tener; por esto envidiaba él santamente a los religiosos. Al abrazar mi vida religiosa lo primero que ofrecí fue la renuncia de mi amor propio ofreciéndome a Dios en la obediencia. En la obediencia abracé la mortificación de todo mi ser: de mi alma y de mi cuerpo, de mis potencias y de mis sentidos, sabiendo que de este modo hacía ciertamente la voluntad de Dios, porque era Dios mismo quien había dispuesto las leyes que profesaba y era Dios mismo quien mandaba en mis Superiores, porque el que manda se podrá equivocar, el que obedece nunca se equivoca. Al entrar en el convento abracé la penitencia de la observancia religiosa que encierra todo esto. Si hoy no lo cumpliera no sería fiel a Dios ni a mi promesa y me saldría del camino seguro que lleva a Dios. Si no lo cumpliera con todo el primor y delicadeza, no amaría a Dios ni con todo mi amor ni con todas mis fuerzas. En verdad los religiosos que viven su vida perfectamente son las almas más santas del mundo y las más provechosas a la Iglesia y al bien del prójimo.

Santa Teresa, alma de amor y decidida, alma real y Esposa fiel de Jesucristo, se santificó y llegó a grado tan alto de amor viviendo con el entusiasmo y perfección de su corazón grande y con heroica

abnegación la misma vida religiosa que determinó en su regla. Pudo su amor más que las dolencias de su cuerpo. Fue admirada y amada de cuantas religiosas la trataron por esta misma delicadeza y, no obstante, un momento antes de su muerte en Alba, pide perdón a sus hijas presentes por las faltas cometidas contra las constituciones y las suplica tengan grandísima fidelidad en cumplirlas, porque sólo con eso serán santas. La observancia religiosa fielmente vivida santifica.

246. No puedo dudar que el religioso que guarda bien su regla, o sea vive con todo espíritu perfectamente interior y exteriormente su observancia, es santo, practica heroicamente todas las virtudes y podría ser canonizado. Pero sé muy bien que *guardar bien las Constituciones o vivir con perfección la observancia* es asimilar todo el espíritu y toda la delicadeza del Evangelio; es amar con todo el corazón y con todas las fuerzas; no es vivir la sola materialidad y lo externo de las obras en sus tiempos precisos; *esto haría de mí un sepulcro blanqueado*; ni puedo decir me basta con vivir lo interno, que es donde está el amor y donde se encuentra a Dios, porque sería desobedecer formalmente a Dios. Tengo que vivir lo interno y lo externo; poner todo mi esfuerzo y mi amor en vivir la delicadeza e intensidad del espíritu con todo el primor y detalle de las obras exteriores. Dios ha mandado lo interior y lo exterior; tengo que ofrecer a Dios mi cuerpo y mi alma, mis potencias y mis sentidos y también el tiempo y las circunstancias. Todo es de Dios, todo me lo ha impuesto Dios, en todo me he ofrecido a

Dios. Las tentaciones y las caídas provienen del cuerpo, y es el cuerpo el que hace caer y consentir al espíritu.

Por bello, por encantador que sea el cuerpo, si no está vivificado por el alma, causa repulsión y es un cadáver, y todo cadáver da miedo. Lo atrayente y subyugador lo pone la vida comunicada por el alma. Algo semejante acontece en la vida religiosa y aun en toda vida cristiana: son necesarias la materialidad del cumplimiento exterior de lo mandado y la exactitud externa de las obras prescritas en el tiempo y en las circunstancias. Sin esto no habrá ni orden ni armonía; sin esto no habrá espíritu de mortificación ni de mutua comprensión, ni recogimiento ni apostolado eficaz y sobrenatural. Pero no es suficiente que yo viva el detalle externo hasta en sus menores ápices; necesito vivir el alma, el espíritu que lo anima y da la vitalidad y el atractivo; necesito vivir la presencia de Dios, la vida interior de amor a Dios, la sobrenaturalización de mis actos, la caridad divina y la caridad fraterna mostradas en la abnegación, en la paciencia, en la mansedumbre, en la bondad, en mis modales. Sin estas virtudes internas, las externas sólo serían, como digo, un cadáver, que con su rigidez, inflexibilidad y dureza se harían repulsivas y antipáticas, y el convento, como mi persona, en lugar de ser una antesala del cielo, parecería camino que conduce a lo sombrío de una prisión.

El espíritu de la observancia es la presencia de Dios, es mostrar en el contento con que realizo mis obras que hago la voluntad de Dios en cada acción y en cada momento; es deshacerme en amor por ser-

vir y atender a mis hermanos como lo haría con el mismo Dios. Es pensar y ver con amor: *estoy en Dios y Dios está en mí y esto quiere Dios ahora de mí y lo quiere de este modo*; ofrezco al Señor este acto y se lo ofrezco con todo mi amor, porque sé que es su voluntad y que El me lo ha dispuesto. Debo mirarme en la presencia de Dios, renovando mi entrega a Dios y fomentando mi vida de amor.

Con cuánta verdad me dice Santa Teresa que cumpliendo bien la vida de observancia me basta para ser santo. Lleno mi fin y el fin para el cual me ha llamado el Señor. Mientras esté viviendo esta vida y atento a la mirada de Dios, no me ocuparé de los demás ni para juzgarlos ni para observarlos, sino para tomar los buenos ejemplos que en ellos vea. Me veré sólo en íntima compañía con Dios. Todas mis acciones y la aceptación que haga, hasta la más pequeña disposición, sé que es obediencia a Dios y unión con su querer; conozco que Dios quiere esto de mí y lo hago con todo mi amor, ya me sea fácil o ya me sea dificultoso. Mi obediencia en cada obra no ha de ser como un cadáver, sino una obra viva, de amor, santa, abnegada, sobrenatural. Mi obediencia a Dios y mi amor a El sobrenaturalizan todas las obras naturales y todos los detalles de la observancia y me envuelven en belleza sobrenatural. Mi obediencia y mi amor ayudan a la santidad de toda mi Orden.

Porque a la santidad de la Orden contribuyen todos los miembros que la integran, desde el más ínfimo hasta el superior, y para que la Orden tenga todo el encanto y sea como el cielo anticipado ha

de vivirse la observancia con toda la comprensión y caridad, con toda delicadeza, respeto y educación. De faltar esta bondad y suavidad, el rigor de la observancia daría dureza y brusquedad a los actos y quitaría compenetración y benevolencia; no se viviría la caridad santa llena de pacífica y confiada alegría; no sería observancia, sino régimen de cuartel.

No puedo apartar de mi memoria y de mi voluntad ni dejar de manifestarlo en mis obras que lo primero de la observancia es la caridad fraterna y el buscar el bien de mi hermano, aun cuando sea con grande vencimiento y trabajo mío; la caridad fraterna es la flor nacida de la divina caridad. Si soy duro en juzgar o interpretar las acciones de mis hermanos, si estoy como espiando sus obras, no guardo la observancia, aunque mire al último detalle material, porque me falta lo esencial y la vida de la observancia; realizo una obra dura, repulsiva, muerta o, al menos, mortecina. La observancia es obra viva, suave y atrayente: la observancia es amor; es amar a Dios con todas mis fuerzas haciendo primorosamente su voluntad hasta en el más insignificante detalle por la perfecta obediencia y es el amor a mis hermanos todos con la más perfecta abnegación, con la más benigna apacibilidad, con la más delicada mansedumbre. La observancia es no juzgar y espiar a los demás, sino darles buen ejemplo.

247. Cuando de este modo estoy cumpliendo mi regla, puedo decir como Jesús: *Estoy seguro de que hago la voluntad de Dios*, porque es Dios quien me lo ha mandado y dispuesto todo. Cuando obro contra lo prescripto en la Orden, estoy seguro de que obro contra la voluntad de Dios, porque estoy des-

truyendo lo que El hizo por los Santos Fundadores, porque estoy obrando contra lo que El me ha mandado. Los santos de mi Orden se santificaron haciendo la voluntad de Dios con heroísmo constante de amor y abnegación; yo hago labor negativa destruyendo la obra de Dios levantada por ellos, voy apartándome cada vez más de la santidad. Quiero, en lo que me reste de vida, hacerme santo como ellos viviendo la misma vida que ellos vivieron. Esto quiere el Señor de mí.

Santa Teresa, aun siendo enferma, vivió primero la vida de Carmelita Descalza como Dios se la inspiraba y su fervor la estimulaba y luego transcribió a las leyes esa misma vida. No trazó un plan de santidad para ángeles, que nadie pudiera vivir por su misma alteza y rigor, sino dispuso una vida real y posible de vivir a la flaqueza humana, esforzada con el amor de Dios y deseosa de alcanzar la santidad. Esta es la razón de que todas sus disposiciones tienen hoy tanta actualidad como en su tiempo y sus hijas las viven como ella las vivió.

Oigo a estas mismas Carmelitas Descalzas que siempre andan faltas de tiempo; cuando no están en los actos de comunidad o de oración mental o vocal están santamente ocupadas en alguna obra de trabajo, con lo que, al mismo tiempo que se ayudan en la manutención, no dan lugar ni a la holgazanería ni a la murmuración, pues su trabajo no ha de ser en oficina común. Obedecen a Dios y a la Regla, que las manda trabajar y ganar su sustento. También a mí me convenía de tal manera estar ocupado que me faltara el tiempo, porque cuando lo pierdo desobedezco a Dios, y no ayudándome a ganar lo

necesario robo el pan de los pobres molestando con mis peticiones a los que tienen bienes; porque perdiendo tanto tiempo como pierdo, fomento la holgazanería y doy entrada a la murmuración y a gastos no necesarios y a visitas impertinentes que me aseglaran y matan en mí el espíritu religioso, invadiéndome la tibieza y el aburrimiento. El tiempo es un tesoro muy grande y me conviene tenerle bien ocupado y detallado; Dios me pedirá cuenta del tiempo. Cada momento que estoy cumpliendo la obediencia en la observancia y en las obras mandadas, puedo decir como Jesús: *Hago la voluntad de mi Padre Celestial.*

En los ratos de mayor recogimiento y fervor pienso me convendría hacer alguna penitencia especial o algún sacrificio mayor sobre lo que manda mi Regla. Las penitencias voluntarias son muy buenas y santas y aun necesarias; los santos hicieron obras de supererogación; pero no siempre son seguras esas penitencias ni están libres del amor propio. La penitencia de la observancia en todos sus detalles, aun cuando parezcan insignificantes, es completamente segura y mucho más perfecta que la voluntaria. Cuando en una Orden se vive la delicadeza de la observancia con todo detalle y todo el amor, desde la disposición más dura y fuerte hasta la insignificancia de dominar una palabra en tiempo de silencio o una mirada curiosa, es prueba cierta de que en esa Orden está exuberante la floración de la santidad y las virtudes en su innumerable variedad, han llegado a su perfecta sazón. La penitencia del alma es el rendimiento de la inteligencia y de la voluntad abrazando el querer divino mostrado en las

disposiciones de la observancia, y es la primera y más meritoria de todas las penitencias. Esta penitencia es la llama del divino amor.

No he de mirar la mortificación de la vida religiosa ni en una sola obra ni en un solo punto, sino en el conjunto de todos los actos del día y en la sucesión de los días. Los Fundadores legislaron inspirados por Dios no para que se viviera lo dispuesto un día y en un acto, sino para que fuera la norma para todos los días del año y todos los años de la vida. Su heroísmo resulta del conjunto de toda la vida y de todas sus acciones. Mi alma debe estar en continuo ofrecimiento y holocausto y llegaré de ese modo a la santidad como ellos.

La vida moderna con sus inventos, con sus comodidades, con sus actividades, con sus diarias noticias y la renovación y fascinación de la prensa e inventos, crea una muy grande dificultad para la observancia y la santidad de la vida religiosa, y tanto mayor es la dificultad cuanto las Ordenes son más antiguas y más dadas al recogimiento. El mundo o lo mundano y regalado se mete en los claustros por todos estos conductos y son la terrible y casi irresistible tentación de las almas consagradas, minando la observancia y con ello el espíritu de santidad de las Ordenes religiosas. Pero mi norma de conducta para vivir perfecta e íntegra mi observancia es el mismo Evangelio; y la palabra y los consejos de Jesús son eternos e inmutables. No puedo cambiar, no puedo renovar el Evangelio; ya no sería la palabra de Jesús, sino la mía o la del mundo, contrario a Jesús. El Evangelio es eterno y de todos los tiempos, y la regla mía está fundada en el Evan-

gelio para que la viva yo hoy, con las levísimas modificaciones que me dan los Superiores. Esta es la voluntad de Dios para mí y la penitencia y el recogimiento que Dios quiere para mí, y dar oídos a otros halagos o insinuaciones que me sugiera mi amor propio con aspecto de necesaria actualidad, no sería otra cosa que dar oídos al demonio y entrada al mundo para seguir mi regalo y disipación y destruir la obra de Dios y perder mi alma siguiendo mi regalo, contrario al querer divino.

La observancia no es una penitencia que yo escojo para un momento determinado y para un tiempo concreto; es la penitencia que Dios me ha designado a mí como voluntad clara suya y para que viviéndola me santifique, y yo la he abrazado y di palabra de cumplirla toda mi vida sin dispensarme de lo más mínimo.

248. Abrazarme a la observancia de mi Orden fue abrazarme con todo mi amor a la misma cruz, en la cual se me ofrece Jesús. Al dárseme Jesús en la cruz me muestra su voluntad, se me pone delante como ejemplo y me hace participante de sus méritos para santificarme a mí y para que unido a El coopere a la santificación de las almas de los hermanos que conmigo conviven la misma vida de observancia que yo y todos juntos cooperemos a la expiación por la conversión y salvación de los pecadores e infieles. De mi fidelidad en vivir y guardar mi observancia depende en gran parte el florecimiento de la santidad de mi Orden, y la gloria que se ha de dar a Dios en ella y la santificación de mis hermanos y conversión de muchas almas.